

Narrativa Siete historias de hombres desesperados que se salvan por azar

Tarde sin rumbo

Ponç Puigdevall
L'atzar favorable

TUSQUETS
201 PÁGINAS
17 EUROS

JULIA GUILLAMON

En uno de los cuentos de *L'atzar favorable*, el protagonista, un fotógrafo, va en caída libre: tiene deudas, ha traicionado a los amigos, no da ni golpe y aún así el tiempo le pasa volando. Va de aquí para allá procurando no encontrar a ningún conocido para no provocar la burla ni la indulgencia. Y de pronto encuentra una tabla de salvación: un libro, escrito en una lengua desconocida, abandonado en un jardín. El fotógrafo se aferra a ese libro que le permite pasar por una persona singular, que huye del ruido para concentrarse en la lectura. Hay un segundo salvavidas: un teléfono móvil estropeado, que permite al protagonista fingir charlas y trabajos y que quizás da más juego desde el punto de vista argu-

trucción que se ha convertido en materia literaria.

Las historias de Ponç Puigdevall llegan envueltas en el papel colorido del prestigio literario, porque él mismo ha sido un crítico exigente y porque ha convertido la literatura en su razón de ser. En uno de los cuentos trata de un novelista que recae en su antigua dependencia y vuelve a los bares. En otro es un enfermero que se obsesiona con la felicidad de los otros y se dedica a mirarla traspasándoles su miedo y su angustia (con un argumento similar al de *Caché* de Michael Haneke: envía mensajes a la pareja para desmontar el orden perfecto en que viven). En otro es un funcionario que se recrea en la fealdad, se dedica a hacer seguimientos, como un artista contemporáneo, y acaba en la cama con una mujer que le repugna. En otro es el hijo que ha oído mil veces explicar a la madre la historia de los días felices y que finalmente la acompaña al pueblo de la costa en el que, en unas vacaciones de semana santa, conoció y se enamoró de su padre. En el otro son dos amigos —un filólogo y un pintor— que desde hace años se ignoran. En otro es el fotógrafo que conocemos, que ha perdido el trabajo y los amigos. En el otro, un hombre que se ha regenerado y que, a las primeras de cambio, vuelve a abismarse, pierde el control, se acaba pegando a un conocido, que deja que le acompañe servilmente. Todas estas historias —no sé hasta qué punto podemos llamarlas cuentos— forman, con la novela anterior de Puigdevall, *Un dia tranquil* (2010), un magma de culpa y tristeza, decrepitud y vergüenza, una inmersión en las regiones inferiores de la vida, en las que la debilidad conduce a la indigencia.

Las siete historias están cortadas por el mismo patrón: un acontecimiento que desencadena la crisis, la recaída en la adicción, el descubrimiento de una reserva de dolor desconocida, la capacidad de restar realidad al presente y anular la consciencia, hasta que, después de haber experimentado la torpeza y la suciedad de los personajes, la historia se resuelve con una contundencia ejemplar: el novelista se despide del librero al que desprecia, más dócil que nunca; el fotógrafo evoca la muerte, la extinción física del cuerpo, el estertor final; el hombre tiene el valor de abandonar al amigo que le ha acompañado en tren durante una parte del trayecto hasta la ciudad. Lo deja solo en un bar de estación en medio de la nada. Quiere pensar que no pasará ningún peligro y que no ha hecho mal dejándole tirado. Son momentos de una intensidad rotunda en los que parece que van a aflorar los sentimientos, que contrastan con las páginas en las que Puigdevall, con precisión maníaca, desgrana la vida de sus protagonistas, que han perdido la capacidad de amar. |



Ponç Puigdevall

ANA JIMÉNEZ

mental. Pero el libro tiene más valor simbólico. Porque este libro escrito en una lengua desconocida, que se presenta como una tabla de salvación, es el libro que el lector tiene entre manos, en el que Ponç Puigdevall ha vertido las experiencias de los años negros, cuando rondaba perdido y parecía que no remontaría. La posibilidad de escribir sus experiencias, de hacer de ellas, primero una novela y después un volumen de cuentos, ha sido, durante mucho tiempo, la única salida de un proceso de autodes-

Novela El verano de un joven neoyorquino en una galería de arte

El poder de la palabra

Peter Cameron
Algún dia este dolor te será útil
Traducción de Jordi Fitó

LIBROS DEL
ASTEROIDE
246 PÁGINAS
18,95 EUROS

CARINA FARRERAS

De entrada, cabe celebrar la lucidez de esta novelita tan poco habitual en la narrativa escrita para el público juvenil (muy recomendable para los lectores adultos, especialmente si se han convertido en padres de adolescentes). Y lo es tanto por la sencillez de su lenguaje, como por la fluidez del argumento así como por sus excelentes personajes y diálogos.

El escritor Peter Cameron (*Nueva Jersey*, 1959) retrata en *Algún dia este dolor te será útil* (*Someday this pain will be useful for you*) la sociedad neoyorquina de después del 11-S a través de la voz de un chico de 18 años, un muchacho tan perspicaz como poco sociable. Y para ser honestos el balance de la situación no es muy positivo: gale-



Imagen del tráfico en la calle 59 de Nueva York

GETTY IMAGES

ristas que se han metido en el oficio "para hacer algo", que se compran ropa cara "deconstruida" y van a comer a restaurantes exclusivos con comisarios de exposiciones y asesores de arte y, de vez en cuando, con algún artista; jóvenes elegantes que pierden su talento empleados en lugares donde dejan pasar el tiempo indolentemente y cuidan sus exquisitos gustos; tiburones de los negocios nacidos en humildes hogares que van al sastre a Londres una vez al año donde aprovechan y compran zapatos ita-

lianos; adolescentes que disfrutan de una visita guiada por Washington arrastrados por una falsa alegría infantil... así podríamos seguir con toda la fauna que compone esta novela, ubicada en Nueva York, pero que podrían poblar otras muchas ciudades.

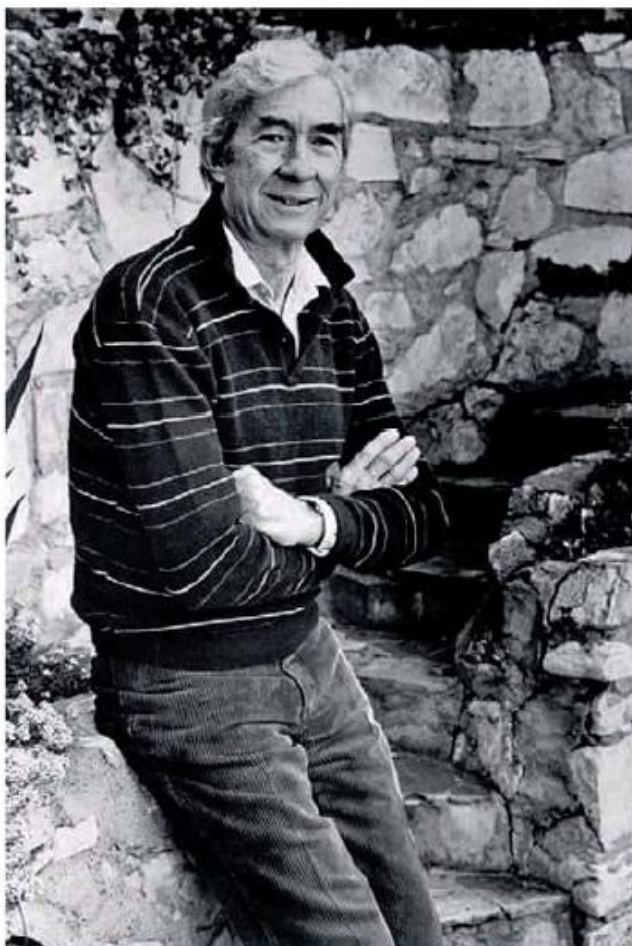
Este es el mundo que nos fuerza a ver Cameron a través de la figura de James Sveck al que se le retrata como un chico inteligente y raro, con la confusión e incertezas propias de su edad, pero resistiéndose a dejarse arrastrar por las certezas de los adultos. No le gusta la gente —menos, sus compañeros— y, sin embargo, usa el lenguaje con gran precisión. Probablemente este sea uno de los hallazgos de esta obra: los sutiles e inteligentes diálogos. Las palabras, entendemos, no son inocentes, dependen de cómo se dicen y en qué contexto se pronuncian. Detrás de una frase hay una

Detrás de una frase hay una intención y eso es lo que no se le quiere escapar a James, la intención

intención y eso es lo que no se le quiere escapar a James, la intención. Espléndida la manera en que devuelve con una pregunta un frase sentenciosa. Excelente la conversación que mantiene con su padre en un restaurante lujoso sobre la sexualidad. Por cierto que los escenarios donde se desarrolla la novela (calles, edificios, parques o restaurantes) deleitarán a los amantes de Nueva York, más si ven la película basada en esta obra, dirigida por el italiano Roberto Faenza.

En todo caso, James es tan meticuloso con el lenguaje que puede llegar a ser exasperante así que sus sus padres lo envían a la consulta de una brillante psicóloga a través de la cual queda desvelado su pasado: cómo vivió el II-S, qué ocurrió en un viaje de estudios a Washington, la razón de sus deseos de huir de la ciudad y aislarse en una granja en Kansas. Sólo encuentra refugio en casa de su abuela que le proporciona calidez y respeto.

Algún día este dolor te será útil se publicó en Estados Unidos en el 2007, siendo recibida por la prensa con grandes elogios. Cameron no era un desconocido. Empezó publicando relatos en 1983 en el prestigioso *The New Yorker* que recopiló en un libro posterior con reconocimientos diversos. Desde 1990 publica novelas. *The weekend* (*El fin de semana*, de la editorial Alba). *Andorra* (en referencia al país y que aquí fue publicada por Libres de l'Index), o *The city of your final destination* (*La ciudad de tu destino final*, *La ciutat del teu destí*, publicadas por el Andén y Edicions 62, respectivamente). El pasado febrero lanzó su última obra: *Coral Glynn*. |



El escritor norteamericano William Goyen

4 GARY DONZIG

Cuentos Completa recopilación de los relatos cortos escritos por William Goyen, narraciones hiperrealistas que beben de sus vivencias infantiles

El niño en sus terrores

William Goyen
Cuentos completos
Traducción de Esther
Cross y Carlos
Ribata

SEIX BARRAL
576 PÁGINAS
25 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Considero estupenda la iniciativa, compartida de un tiempo a esta parte por algunas de las mejores editoriales literarias, de reunir en volúmenes independientes los cuentos de los grandes maestros del género, desde Thomas Mann a Flannery O'Connor, Michel Tournier, Marguerite Yourcenar o Paul Bowles. Una idea brillante ante la que sólo se me ocurre un reparo: cada recopilación debería ir encabezada por una introducción al autor y a su vertiente de escritor de cuentos. El año pasado la eché en falta en los *Cuentos completos* de Lydia Davis (Seix Barral), y ahora pienso lo mismo ante estos *Cuentos completos* de William Goyen. Los dos, aunque son literariamente extraordinarios, exigen ser pre-

sentados al lector para que este pueda hacerlos suyos a sabiendas de con quién va a vérselas.

En lo que respecta a William Goyen, nacido en 1915 en Trinity, un pequeño condado de Texas, contaba que vivió en la localidad hasta

Goyen creció junto a la amenaza bíblica de la condenación de su alma y la brutalidad del desvario racista

los ocho años, cuando la familia se trasladó a Houston, pero —añadía— este tiempo de la niñez determinó su vida de adulto y el rumbo que iba a tomar su futura obra literaria. Así fue.

Los libros de Goyen hacen pensar en autores góticos del sur como Carson McCullers, Flannery O'Connor o el mismo Faulkner, pero lo cierto es que sus historias remiten a un mundo propio. Bill Goyen era el hijo de un cortador de leña y de la cartera de Trinity, una mujer que se enfrentó al marido para poder apuntar al chico a un curso de música por correo. Eran una época, un lugar y un hogar extraños. Frente a su casa, un predicador esgrimía el libro sagrado alabando al Dios misericordioso, y más allá, en la colina que dominaba el pueblo, los bárbaros del Ku Klux Klan levantaban sus siniestras cruces incendiadas y blandían los látigos.

El niño Goyen vivió entre horrores: la amenaza bíblica de la condenación de su alma y la brutalidad del desvario racista. Poco antes de morir, en 1983, habló del origen de sus crisis epilépticas, de sus cuadros depresivos durante los cuales no paraba de llorar, de su posterior adicción al alcohol, los problemas de una sexualidad al parecer no bien definida, su paso por la segunda guerra como oficial de un portaviones en aguas del Pacífico Sur donde se produjo la catarsis que lo llevó a concluir el primer borrador de la novela *La casa del aliento* (1950), en la que parecen retumbar las voces iradas de su mente quebradiza.

En 1971 el narrador ya laureado, profesor en Columbia y Princeton, acosado por los espectros del pecado y la locura, de repente asegura haber vivido un trance místico: se le apareció Jesús. Estas son sus palabras exactas: "No sé si lo encontré o me encontró. Pero sí que era algo muy físico (...). Y era Jesús. Me dio unas palmaditas y nos abrazamos...". No importa si sucedió o no. Lo deslumbrante es que en sus cuentos, distribuidos en cinco colecciones, aparecen individuos encapuchados con túnicas blancas, fanáticos de la Biblia y la espada, negros que corren con los cuerpos untados de breva mientras se queman ante la indiferencia colectiva, incestos —lean entre sus últimos cuentos el titulado *Si tuviera cien bocas*—, violaciones, penitentes que buscan el dolor, enanos y mujeres barbudas, santones enloquecidos, sordidas y a menudo oníricas visiones de un hombre poseído por los demonios del pasado, de un increíble vigor narrativo, que admitía detestar la excesiva racionalidad de la novela judía —en particular a Saul Bellow, su encarnación— y, por el contrario, defendía la capacidad expiatoria y regeneradora de la ficción visceral.

Me reafirmo en que los cuentos hiperrealistas de William Goyen son distintos por ejemplo de las "pesadillas" góticas de Eudora Welty. El decía haberlos entresacado de sus grotescas —para nosotros— vivencias infantiles. Tal vez fuera cierto. Y, en eso, único. |